NOTAS SOBRE UN POEMA DE MIGUEL. ANTES DEL ODIO

BESO soy, sombra con sombra.
Beso, dolor con dolor,
por haberme enamorado,
corazón sin corazón,
de las cosas, del aliento
sin sombra de la creación.
Sed con agua en la distancia,
pero sed alrededor.

Corazón en una copa
donde me lo bebo yo
y no se lo bebe nadie,
nadie sabe su sabor.
Odio, vida: ¡cuánto odio
sólo por amor!

No es posible acariciarte
con las manos que me dió
el fuego de más deseo,
el ansia de más ardor.
Varias alas, varios vuelos
abaten en ellas hoy
hierros que cercan las venas
y las muerden con rencor.
Por amor, vida, abatido,
pájaro sin remisión.
Sólo por amor odiado,
sólo por amor.

Amor, tu bóveda arriba
y yo abajo siempre, amor,
sin otra luz que estas ansias,
sin otra iluminación.
Mírame aquí encadenado,
escupido, sin calor
a los pies de la tiniebla
más súbita, más feroz,
comiendo pan y cuchillo
como buen trabajador
y a veces cuchillo sólo,
sólo por amor.

Todo lo que significa
golondrinas, ascensión,
claridad, anchura, aire,
decidido espacio, sol,
horizonte aleteante,
sepultado en un rincón.
Espesura, mar, desierto,
sangre, monte rodador:
libertades de mi alma
clamorosas de pasión,
desfilando por mi cuerpo,
donde no se quedan, no,
pero donde se despliegan,
sólo por amor.
Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
del sabor a carcelero
constante y a paredón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre, soy.
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor.

No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?

A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la una y yo.
A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión:
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, siénteme libre.
Sólo por amor.

En *Cancionero y Romancero de Ausencias,* obra póstuma de Miguel Hernández, abundan las composiciones afortunadas; pero, a mi juicio, hay una que destaca con fuerza del admirable conjunto: la titulada *Antes del odio,* número 50 de la colección. Es un poema más largo que los otros del libro, que suelen ser casi todos breves canciones. Dice mucho de Miguel Hernández como poeta haber sabido escribir un libro de canciones sin parecerse nada ni a Lorca ni a Alberti, los dos maestros del género a la sazón; a lo hondo misterioso y fantástico, el primero; a lo gracioso, el segundo. Miguel Hernández es diferente. Su originalidad frente a sus dos predecesores consistirá en la materia misma de las breves composiciones, que ahora se extraerán más directamente de la vida. Todo poema expresa la vida, pero a veces lo hace de manera simbólica o indirecta. Miguel Hernández inaugura en este libro, y en otros suyos, una dicción en que la vida queda aludida de un modo relativamente inmediato; en numerosas ocasiones características sentimos el poema incluso como manifestación autobiográfica. En esto Miguel Hernández se adelantó a todos los poetas españoles de su tiempo, y como la estética posterior iba en gran parte a seguir, en diferentes versiones, tal derrotero, el poeta de Orihuela puede ser considerado como uno de los maestros de las venideras generaciones.

Pues bien: *Antes del odio* es uno de los poemas de *Cancionero y Romancero de Ausencias* en que se puede apreciar hasta qué punto su autor supo alcanzar una alta cima lírica dentro del "nuevo" género "poesía autobiográfica". La pieza expresa una determinada situación humana del poeta, y lo hace con emocionantes acentos de vida personal. Lo que sentimos en cada palabra no es la inubicable voz de un protagonista puramente literario, sino el temblor y el movimiento anímicos de un hombre que se llamó Miguel, colocado en una patética y concretísima circunstancia de la postguerra española. Hoy este modo de escribir podrá parecernos normal, pero en la fecha en que fué redactado el poema, ello constituía casi una revolución, porque iba en dirección

opuesta a lo que había sido, con ciertas excepciones, la poesía a partir de 1925. Pero lo verdaderamente interesante del caso es ver que esta casi revolución la hizo Hernández sin romper con la tradición inmediata; al revés, apoyándose sin deponer nada de su verdadera personalidad, en dos grandes poetas de la generación precedente, Vicente Aleixandre y Pablo Neruda, a los que generosamente reconoce como maestros suyos, junto a todo el acervo clásico. En esto estriba precisamente su originalidad, y lo que le concedió en alto grado la posibilidad de ser guía para poetas más jóvenes. Porque, a mi entender, la capacidad que un poeta tenga para influir en la posteridad suele estar en proporción directa con la cantidad de tradición que su obra, desde su novedad, salva. (Rubén Darío, que parece excepción próxima a lo dicho, resulta, por el contrario, una magnífica confirmación de la regla, puesto que, precisamente, su obra entregaba, como en síntesis, a los contemporáneos, toda la tradición parnasiana y simbolista francesa que nosotros no habíamos tenido, pero que *deberíamos,* a nuestro modo, haber tenido y necesitábamos. No olvidemos que la literatura es un sistema en el cual cada aislada nación entra sólo como una parte.)

Volvamos al poema que comento. Pese a no ser muy largo (74 octosílabos), resulta muy rico de experiencias por su movilidad y complejidad espirituales. De las siete estrofas que lo constituyen, las cuatro primeras son melancólicas y hasta pesimistas; las tres últimas, al revés, significan una graduada sublimación del sufrimiento en algo como gozosa redención a través del amor. Esto último (y no sólo el armonioso cambio de tono) es lo que en parte muy principal otorga a la pieza su suprema calidad, por la complicación afectiva que transparenta. En poesía, la jerarquía de un sentimiento se halla en relación con su intensidad, pero también con su complejidad. Los sentimientos entreverados, si además son intensos, nos darán la impresión estética más elevada. En el caso de *Antes del odio* vemos un buen ejemplo de lo que digo. Leyendo las tres últimas estrofas dentro de su contexto percibimos gozo, sensación de plenitud y compañía. Pero, al mismo tiempo, y eso es lo importante, notamos también profundo dolor y soledad. No comparece ante nosotros, pues, un sentimiento químicamente simple, antes un sentimiento eminentemente complejo, en que pena, soledad, compañía, angustia y gozo se combinan para formar un cuerpo afectivo nuevo que es todo eso y otra cosa, sin que se anulen entre sí los contradictorios componentes. Alegría verdadera y verdaderamente patética al propio tiempo es la de estas estrofas extraordinarias. Extraordinarias, además, porque esa realidad sentimental de tan complicada hilaza se nos ofrece en forma sumamente intensa.

Para lograr tal sensación de rico y tornasolado contenido fueron necesarias las anteriores estrofas de pesadumbre. El alma del lector sale de ellas cargada de melancolía. Y cuando ahora entra en estas otras de relativa victoria, el significado que obtiene es la mezcla de ambas impresiones sin recíproca destrucción, como triunfo moral de un noble espíritu. Por lo demás, los elementos éticos se dan cita en el poema desde un principio. Aquí, y en otras composiciones de significación parecida, Miguel Hernández era también un precursor. El procedimiento principal de toda la pieza es incluso el que en un libro mío denominé

Ruptura del sistema de la equidad, recurso retórico en sentido estricto, tanto como lo puede ser la onomatopeya o la metáfora:

Sólo por amor odiado,
sólo por amor.

Lo equitativo sería que el amor trajese amor y no odio. El poeta dice lo contrario, y al decirlo se nos pone en evidencia como tal la injusticia, con la consiguiente descarga de piedad y adhesión que los lectores experimentamos.

Todas las estrofas (menos la primera, donde indudablemente el poeta no había hallado aún con claridad la intuición de la pieza) tienen el mismo estribillo ("sólo por amor"); pero cada vez que éste se repite, cambia de significado, y a partir de la estrofa quinta, incluso de procedimiento, pues en este punto se abandona la *ruptura del sistema de la equidad* para utilizar otro recurso, cuyo análisis nos llevaría demasiado tiempo. Nos importa más señalar ahora esa movilidad semántica del estribillo. Un estribillo para ser bueno necesita, ante todo, ser necesario. Y sólo puede ser necesario si en cada una de sus reapariciones añade algo al poema, esto es, si dice algo nuevo, o por intensificación de su sentido anterior (fórmula mínima y más usual) o por diferenciación propiamente lógica (fórmula de carácter más insólito). El caso de *Antes del odio* es el segundo, lo que le dispensa un superior rango que el lector nota en forma de sorpresa poética. Pongamos en relación ahora los dos rasgos que hemos registrado como esenciales en el poema: su complicación sentimental y la continua renovación del estribillo. Al hacerlo, nos damos cuenta de que tal complejidad afectiva resulta más operante porque la sorpresa del estribillo nos obliga a percibirla con mayor plenitud.

Hay en el poema, por último, otra cualidad más radical aún que contribuye a su eficacia: su carácter progresivo. El poema, por intensificación primero y por complicación después, va elevando su tono y su emoción a cada estrofa, para culminar en las dos últimas, cima climática de no sobrepasable contenido. Todo poema sigue una ley, y en esto tenían razón los viejos preceptistas; sólo que cada poema sigue la suya, cosa que los preceptistas desconocieron. Ir de la ley al poema, en vez del poema a la ley que lo rige, fué el consiguiente error que desde el romanticismo no es de recibo cometer en la crítica. El poema de Miguel Hernández muestra esta ley de progresión, cuyo riguroso cumplimiento es su verdadera excelencia; de ahí que todos los otros procedimientos que hemos hallado se sometan a ella y hallen en ella su explicación. Para obtener el progreso emocional, Hernández ha variado la significación del estribillo y a la par ha complicado la estructura sentimental, obteniendo el mejor poema quizá del *Cancionero y Romancero de Ausencias* y uno de los más altos que haya escrito en toda su corta vida.

Leyendo esta culminante composición y un grupo considerable de las canciones del libro, amén de algunos otros poemas del autor, nos percatamos de su proximidad a nosotros, hombres de 1960, y nos sentimos inconsolables ante una muerte que nos arrebató al poeta más dotado de su grupo, el de mayor genio lingüístico, al de más temblorosa, humana emoción.

CARLOS BOUSOÑO.